

# TRAS LAS HUELLAS DE LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX. NOTAS DE DOS ENSAYOS DE AGUSTÍN CUEVA DÁVILA

Tomás Quevedo Ramírez\*

## Resumen

Este artículo analiza los ensayos *Sobre exilios y reinos I* (1984) y *II* (1988), del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva Dávila y rastrea las huellas de la sociología latinoamericana en la década de los años sesenta y ochenta. Los trabajos de este autor permiten indagar en las principales corrientes teóricas y en las transformaciones de la sociología como campo de conocimiento durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX. Donde las conflictivas coyunturas políticas del periodo inciden en la radicalización de quienes actúan en el campo sociológico, pero también en sus giros inesperados hacia la derecha. En definitiva, desde estos ensayos y memorias de Cueva se puede discutir el sentido de "hacer sociología" en momentos de crisis, en los que el pensamiento conservador gana terreno en el debate público. Hacia el final del artículo, se añade una breve reflexión sobre el devenir de la sociología ecuatoriana, desde de la perspectiva de Cueva.

**Palabras clave:** Agustín Cueva, Ciencias Sociales, sociología latinoamericana, Latinoamérica.

## Abstract

*This article analyzes the essays *Sobre exilios y reinos I* (1984) and *II* (1988), written by the Ecuadorian sociologist Agustín Cueva Dávila and looks for the traces of Latin American sociology in the 1960s and 1980s. The work of this author allows us to investigate the main theoretical currents and the transformations of sociology as a field of knowledge. Where the conflictive political conjunctures of the period influence the radicalization of those who act in the sociological field, but also in its unexpected turns to the right. In short, from these essays and memoirs by Cueva it is possible to discuss the meaning of "doing sociology" in times of crisis, when conservative thought is gaining ground in public debate. Towards the end of the article, a brief reflection on the future of Ecuadorian sociology, from Cueva's perspective, is added.*

**Keywords:** Agustín Cueva, Social Sciences, Sociology, Latin America.

\* Docente, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas - UCE  
Observatorio del Trabajo y el Pensamiento Crítico - UCE

**Correo:** ntquevedo@uce.edu.ec

**ORCID:** 0000-0002-3710-3287

Fecha de recepción: 25 de Marzo 2022

Fecha de aprobación: 30 de Junio 2022

## Introducción

*“Es menester algo que para el hombre común podría constituir un ‘sexto sentido’, pero para el sociólogo profesional tiene que ser el primero: una hipersensibilidad frente a los movimientos subterráneos de la historia y ante los vientos que estremecen los diferentes pisos del edificio social” (Cueva, 1988).*

Los debates y los análisis sobre las Ciencias Sociales latinoamericanas en general, y de la sociología en particular, se han multiplicado desde la segunda mitad del siglo XX. Se asiste a un momento en el cual hay una reflexión y revisión constante sobre las tradiciones del pensamiento latinoamericano. Los análisis van desde el posicionamiento de autores, la reconstrucción de los ejes de debate de una generación, o la revisión de sus enfoques teóricos y conceptuales. Ecuador no ha sido la excepción, ya que en el país también se ha desarrollado desde la sociología el interés por indagar y construir la historicidad y los referentes de la sociología ecuatoriana (Albornoz, 1995; Altmann, 2018, 2021;

Campuzano, 2018; Chávez, 2021; Pilca, 2011; Polo, 2012; Quevedo Ramírez, 2021; Roig, 1979; Sarzoza, 2016).

En este marco, el objetivo de este artículo es indagar en la relación entre los acontecimientos históricos sucedidos desde los años setenta y las transformaciones en las Ciencias Sociales, a partir de la lectura de Agustín Cueva Dávila. El sociólogo ecuatoriano fue un testigo privilegiado de la tensa coyuntura latinoamericana a lo largo de los sesenta, setenta y ochenta. Cueva vivió la radicalización producto de la Revolución Cubana y también la primera etapa de reflujo y triunfo de la revolución conservadora neoliberal. Su biografía intelectual se desarrolló en un itinerario que lo llevó primero a Chile, durante tres años, después de la clausura de la Universidad Central del Ecuador (UCE), en 1970, en el autogolpe de Velasco Ibarra. Finalmente, se estableció en México debido a la invitación realizada por el entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Pablo Gonzales Casanova (Villacís, 1988, p. 20).

En sus notas Sobre exilios y reinos I: Reflexiones sobre el desarrollo de los Estudios Latinoamericanos

en México (1984) y Sobre exilios y reinos II: Notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana (1988) realizó algunas observaciones sobre cómo los contextos sociopolíticos o las coyunturas latinoamericanas incidieron e incluso modificaron las posiciones políticas, no solo de los científicos sociales, sino también de sus campos de conocimiento. Así también, en el año 1972, en su artículo Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana subrayó algunos puntos clave sobre este campo de conocimiento en el país.

En esta perspectiva la pregunta que se plantea es ¿cómo caracteriza Cueva la relación entre coyuntura sociopolítica y las transformaciones de las ciencias sociales durante los años setenta y ochenta en América Latina? Para responder, se toma como fuente principal a los ensayos mencionados y se realiza una breve reconstrucción de las características generales del debate sobre la sociología latinoamericana y ecuatoriana. Luego se da cuenta de la lectura realizada por Cueva, sobre las transformaciones y mutaciones del campo de las ciencias sociales en Latinoamérica.

## **Consideraciones sobre el contexto de desarrollo de la sociología latinoamericana y ecuatoriana**

La sociología latinoamericana, como todos los campos de conocimiento ha estado marcada por una “maldición” que parte del hecho colonial, la cual marcó una situación de dependencia no solo económica, sino también intelectual (Roitman, 2008). Con ello, los conocimientos desarrollados en América Latina han sido puestos bajo sospecha como “poco científicos”, o como simples imitaciones o adaptaciones de las teorías europeas o norteamericanas. Esto provocó una pregunta permanente por la autenticidad o por las falencias de la realidad latinoamericana, al no poderse adaptar a los modelos teóricos previos, que dio como resultado una “sociología de la incompletitud, es decir, como una disciplina que pone el acento en la ausencia, en lo que falta o en lo que se desvía de lo modernamente deseado” (Cortés & Morales, 2017, p. 12).

Las primeras corrientes de pensamiento que mostraban una preocupación por “lo social”, a finales del siglo XIX y principios del XX se inspiraron en Spencer o en el darwinismo social. Y construyeron una mirada racialisista sobre las so-

ciudades latinoamericanas, donde la heterogeneidad era vista como un obstáculo para el desarrollo de la civilización. En este momento se promovía “la sociología como cátedra” adjunta a las facultades de jurisprudencia (Altmann, 2021; Campuzano, 2018; Giordano, 2017; Sarzoza, 2016). A medida que las preguntas por la sociedad se complejizaron, se rompió con las viejas concepciones, se criticó el ensayismo y se dieron los primeros intentos de una “sociología científica”, de la mano del estructural-funcionalismo. Esta corriente dominó gran parte de la primera mitad del siglo XX y sus características fueron la “neutralidad valorativa”, la introducción de técnicas de investigación, el “empirismo abstracto” y se dejó de lado el debate teórico y la discusión política (Cortés & Morales, 2017; Giordano, 2017; Roitman, 2008).

Una de las primeras problemáticas que copó el debate de los precursores de la sociología fue la “modernización”. Existía el supuesto de una “falta” de elementos para que las sociedades latinoamericanas llegasen a ser modernas; con base en este criterio se constru-

yeron distinciones como “sociedades tradiciones” y “sociedades modernas”. A pesar de ello, clásicos como Gino Germani o Florestan Fernández asumieron el reto de “pensar con cabeza propia” la realidad latinoamericana. Germani y Fernández convirtieron “las especificidades históricas de nuestras sociedades en la fuente principal de sus síntesis teóricas” (Cortés & Morales, 2017, p. 12). Sus reflexiones no dejaron de tener el componente utópico, un elemento característico de la sociología latinoamericana.

El reto constante de pensar la especificidad fue dando forma una sociología caracterizada por la hibridación con otros campos de conocimiento como la historia, la economía o la política (Cortés & Morales, 2017; Giordano, 2017). El cruce con otras disciplinas fue otra característica del pensamiento sociológico latinoamericano (Giordano, 2017, pp. 39-40). Muestra de ello fue el apareamiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1948 que, bajo el liderazgo de Raúl Prebisch vinculó a economistas y sociólogos<sup>1</sup> que abrieron el debate sobre

<sup>1</sup> La CEPAL aglutinó a una primera generación de científicos sociales latinoamericanos como fue el caso de: José Medina Echavarría (quien había traducido *Economía y sociedad* de Max Weber en 1948), Enzo Faletto, Florestan Frenandez, Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado, María Concepción Tavares, Oswaldo Sunkel (Roitman, 2008, p. 53).

el desarrollo y el papel de la “periferia” en el capitalismo mundial.

Esto provocó una fuerte vinculación de la sociología con la política pública, ya que los estudios de la CEPAL permitieron crear sugerencias para que los países busquen mayores niveles de desarrollo económico. En este periodo se produjo la institucionalización de la sociología en gran parte de países latinoamericanos. También se formó la Asociación Latinoamericana de Sociología (1950), además de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, 1957) y en lo posterior el Concejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO, 1967) (Blanco, 2005). Sin embargo, la dictadura brasileña de 1964 produjo el primer momento de exilio hacia Chile, de científicos sociales, quienes dieron forma a la “teoría de la dependencia” y que tuvieron en la CEPAL su primer espacio de trabajo.

En este marco, la sociología tomó un carácter ambiguo, ya que “se asume los postulados funcionalistas y al mismo tiempo los desborda” (Giordano, 2017, p. 43), lo que abre paso al nacimiento de la sociología crítica latinoamericana (Giordano, 2017). Un ejemplo de ello fue la teoría de la dependencia, donde surgieron hibridaciones

entre sociología e historia. La teoría de la dependencia introdujo elementos metodológicos de carácter comparativo entre unidades nacionales, para explicar las “situaciones de dependencia” (Giordano, 2017, pp. 45-46; Roitman, 2008). Así, los sesenta se mostraron como un punto de inflexión que posibilitó el desarrollo de una sociología crítica con una importante influencia del marxismo y de la historia. El impulso de la sociología crítica abrió un escenario de debates y florecimiento de las ciencias sociales latinoamericanas, en un momento político de radicalización de intelectuales y estudiantes (Rubinich, 2017), mas no de la sociedad en su conjunto.

Para los años setenta las experiencias dictatoriales se expandieron en el Cono Sur y obligaron a nuevos exilios en México, que acogió a brasileños, argentinos, chilenos, e incluso al propio Agustín Cueva. En esta época, el país azteca se convirtió en el espacio de referencia de las ciencias sociales latinoamericanas, debido a la abundante producción teórica representada en libros y revistas. Si bien las dictaduras no detuvieron el desarrollo de la sociología crítica, sí marcaron un giro hacia la derecha en los ochenta. El cambio no fue solo político, sino que también afectó

a las Ciencias Sociales. Se impuso una visión tecnocrática, basada en la especialización sin mayor referencialidad histórica y se generalizó una práctica de medición de fragmentos propuesta como objetividad (Giordano, 2017, p. 29; Roitman, 2008, p. 132). La nueva visión tecnocrática marcó un retroceso de las Ciencias Sociales, debido a que se abandonaron las explicaciones estructurales, históricas e incluso se sustituyó el concepto de dependencia por el de globalización.

James Petras llamó a este proceso “la metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos” (Petras, 1988). La sociología fue reducida a un componente de diagnósticos socioeconómicos, de construcción e interpretación de indicadores que dejaban de lado la complejidad social. El ataque presupuestario a las universidades implicó el abandono de la labor de investigación, se crearon nuevos centros privados de investigación y ONG donde las problemáticas, los enfoques teóricos y metodológicos estaban determinados por los intereses de los financistas. Es decir, el sociólogo intelectual de los años sesenta, fue reemplazado por el

sociólogo profesional, quien se convirtió en un personaje importante en los procesos de racionalización del Estado.

### **Breves antecedentes de la sociología ecuatoriana**

La sociología ecuatoriana tiene varias etapas en su proceso de consolidación. Sus orígenes, se remontan a la Facultad de Jurisprudencia de la UCE, en 1915. El primer docente de la cátedra de Sociología fue Agustín Cueva Sanz, quien diseñó un primer canon de la sociología basado en Ludwig Gumplowicz, Alfred Fouillée, Tarde, Spencer y Durkheim (Altmann, 2021, p. 105). A inicios del siglo XX varios autores usaban la palabra “sociología” en sus obras, tal es el caso de Alfredo Espinosa Tamayo que escribió “Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano” (1916). E incluso se puede hablar de un antecedente obrero, con el texto del dirigente sindical José Elías Naula,<sup>2</sup> “Principios de sociología aplicada” (1919). Se debe considerar también, los escritos de Belisario Quevedo y en especial su “Sociología, política y moral”, así como la obra “*El Indio Ecuatoriano*”

<sup>2/</sup> José Elías Naula era dirigente de la Sociedad de Cacahueros Tomás Briones y más tarde de la Confederación Obrera del Guayas.

(1922) de Pío Jaramillo Alvarado, a pesar de su carácter antropológico. Además de los dos tomos de "Ensayos sociológicos y políticos" (1924) de Antonio Quevedo, y el texto del ambateño Mentor Mera "El proceso sociológico del Ecuador" (1934) –publicado por primera vez en 1987–.

Estos trabajos, cuya preocupación se centró en "lo social", muestran un enfoque teórico ecléctico. Si bien predominó una visión positivista influenciada por Spencer (Altmann, 2021), también hubo rasgos de darwinismo social, indigenismo y algunas ideas generales sobre Marx y el marxismo. Contrario a la caracterización de un "pensamiento jurídico-social" o de una proto-sociología (Campuzano, 2018; Roig, 1979; Sarzoza, 2016, pp. 78-79), las obras incorporaron preocupaciones sobre los pueblos y nacionalidades (desde enfoques racialistas e indigenistas), hasta explicaciones por el devenir de la civilización y la organización de la sociedad ecuatoriana. Por lo tanto, el pensamiento de estos primeros autores no corresponde a la categoría de jurídico, más allá de su relación con las facultades de jurisprudencia o su formación en

derecho. Su obra muestra una clara preocupación por "lo social", al menos en los autores mencionados.

Otro periodo importante, es el de los años cuarenta, puesto que hubo presencia internacional en la institucionalización la sociología latinoamericana. Este fue el caso de Ángel Modesto Paredes y Luis Bossano, quienes combinaron su labor académica con la política<sup>3</sup> –al igual que lo había hecho Cueva Sanz, Naula, Belisario y Quevedo– (Altmann, 2021, p. 117; Blanco, 2005, p. 24). Paredes fungió como representante de la sociología ecuatoriana en instancias internacionales y asistió a la fundación de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en 1948. Además, logró tejer una importante red internacional que hizo posible que Quito fuera la sede del Tercer Congreso Latinoamericano de Sociología (1955). Como fruto de este proceso, se creó la Sociedad Ecuatoriana de Sociología, en los años cincuenta. Sin embargo, esto no significó que los trabajos de los sociólogos ecuatorianos tuvieran mayor recepción en el plano latinoamericano (Altmann, 2021, p. 116).

<sup>3/</sup> "Bossano había sido embajador de Ecuador en España y Paredes consultor jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores" (Blanco, 2005, p. 24).

Con estos antecedentes, entre 1964 y 1965 se desarrolló la Especialización en Sociología y Antropología en el marco del convenio de cooperación de la Universidad de Pittsburgh y la Universidad Central, que fue visto en el momento como una forma de intervencionismo por parte de Estados Unidos (Pilca, 2011, p. 71; Sarzoza, 2016, p. 78). La segunda institucionalización se dio en 1967, a través de la Escuela de Sociología, Antropología y Ciencias Políticas, creada sobre la base de la anterior especialización y adscrita a la Facultad de Jurisprudencia. Tan solo pocos meses después, la escuela pasó a llamarse Sociología y Ciencias Políticas (Sarzoza, 2016, p. 83).

Desde 1969 el pensum dio un giro del estructural-funcionalismo al marxismo en distintas variantes; desde el marxismo clásico al estructuralista de corte althusseriano. Esto marcó la dicotomía entre profesionalización y la función social-revolucionaria de la sociología que se profundizó durante los setenta y que ha sido permanente desde entonces (Pilca, 2011, p. 74). La tendencia en la enseñanza de materias relacionadas con el marxismo (materialismo histórico o dialéctico) se mantuvo hasta finales de los ochenta. No obstante, la caída del muro de Berlín marcó

una etapa de pérdida del horizonte de la anterior sociología y se posicionaron nuevas preocupaciones relacionadas con los espacios laborales y las capacidades técnicas para el trabajo en las ONG.

La tradición marxista de finales de los ochenta ha persistido más como fantasma, que, como una realidad materializada en investigaciones, grupos de trabajo o posiciones políticas dentro de la sociología; más bien tendió a una mutación en los objetos de investigación (Pilca, 2011). Si bien, la enseñanza desde esta etapa continuó en el marco de la formación de un "sentido crítico", ya no tuvo al marxismo como referente principal. Hubo apertura a nuevos autores y problemáticas enmarcadas en la teoría de los movimientos sociales, la teoría de la cultura, los debates entre modernidad y posmodernidad, con un enfoque latinoamericano. En todo este proceso se dejó de lado la historicidad del campo sociológico ecuatoriano, con excepción del esfuerzo de Rafael Quintero y su trabajo sobre Ángel Modesto Paredes (Altmann, 2021; Sarzoza, 2016).

Esta situación se combinó con una dinámica de debilidad institucional, donde los procesos académicos no eran claros e incluso la asis-

tencia de los docentes a clase era informalmente “opcional”. En ese marco, no hubo la suficiente profundización teórica en autores clásicos ni contemporáneos, sino un conocimiento general y la apropiación de varias técnicas de investigación, donde la autoformación y la “sociología del pasillo” jugaron un papel fundamental en la formación de las y los sociólogos.

### **Agustín Cueva y las Ciencias sociales latinoamericanas entre las décadas de los setenta y los ochenta**

Para Cueva, las transformaciones de las ciencias sociales –en general– y la sociología –en particular– estaban relacionadas con las coyunturas sociopolíticas de América Latina. Sus ensayos se concentraron en los cambios suscitados desde los años setenta, los cuales fueron provocados por el terrorismo de estado, producto de las dictaduras, la amenaza de guerra permanente en Centroamérica y las continuas crisis del capitalismo. La consecuencia para las y los científicos sociales fue el exilio y México se convirtió en el destino privilegiado.

En este contexto, el pensamiento social latinoamericano mostró como característica “la preocu-

pación por el destino de nuestros pueblos” (Cueva, 1989b, p. 96), elemento que lo ha fortalecido y le ha dado identidad. En esa perspectiva, para Cueva, pensar en clave sociológica implicaba pensar el “sujeto histórico” en América Latina. Para ello, realizó una advertencia metodológica, en el sentido de que este sujeto tiene singularidades subregionales y nacionales que deben ser analizadas. Este postulado se contraponía a las “ciencias sociales de un mundo finalmente conservador como el de los países ‘centrales’” (Cueva, 1989a, p. 97), donde la sociología expulsa al sujeto e, incluso, a las propias relaciones sociales y se enfoca en los individuos o en modelos abstractos donde la realidad tendría que calzar.

En los planteamientos de Cueva, la política lo permea todo; con mayor fuerza la actividad sociológica. Él propone que en los sesenta se formó un “perfil científico propio” de la sociología latinoamericana, conformado por “una problemática relativamente específica, un principio de historia relativamente autónomo y un acervo de referentes capaz de permitir un diálogo sostenido y autocentrado” (Cueva, 1989a, p. 97). Esto se explica por las dinámicas del campo de las ciencias sociales y de la

sociología, donde la problemática central era el rol de América Latina en el proceso de reproducción mundial del capitalismo. Los conceptos de desarrollo-subdesarrollo, centro-periferia o dependencia, dieron como resultado líneas de análisis sobre América Latina centradas en la estructura económica, política, social y cultural de cada formación social (Cortés & Morales, 2017; Giordano, 2017; Roitman, 2008).

Estos elementos permiten observar una historicidad propia de la sociología latinoamericana, donde se posicionaron autores que debatieron, dialogaron y generaron rupturas en torno a diversas problemáticas (Blanco, 2005; Cortés & Morales, 2017; Giordano, 2017). Sobre la base de estos intercambios, Cueva detalló los elementos de estas corrientes conceptuales y ubicó a la CEPAL como una instancia que ofrecía una visión detallada y coherente de Latinoamérica (Cueva, 1989a; Giordano, 2017; Roitman, 2008). Remarcó su proyecto de desarrollo nacional autónomo, de tipo de capitalista, que pone en el tapete las problemáticas de la industrialización y la heterogeneidad estructural.

En esa misma línea, destacó las polémicas desatadas por la teoría

de la dependencia, a la cual se le impugnó la forma de tratar la dependencia (Cueva, 1988b, 1989b; Roitman, 2008), ya que no explicaba las causas estructurales de dicha relación. Por ejemplo, los procesos históricos de explotación y control político imperialista, que indicaban que la soberanía de los países latinoamericanos siempre será limitada (Cueva, 1989a, p. 100). Cueva destacó el papel de Ruy Mauro Marini y su "teoría marxista de la dependencia", ya que dejó "toda una serie de hipótesis sobre las modalidades específicas de acumulación en nuestras formaciones sociales, ligadas al movimiento internacional del capital y que implican, tal vez como rasgo esencial, la sobreexplotación de las clases trabajadoras" (Cueva, 1989a, p. 100).

El tercer horizonte "ideológico-conceptual" reseñado por Cueva es la teoría del imperialismo, relacionada con la temática de la liberación de América Latina. En esta línea destaca el trabajo de Pablo Gonzales Casanova y los trabajos que piensan América Latina en el marco de sus relaciones con Estados Unidos. Cueva habla de enfoques liberadores, que de forma amplia denominó como "progresistas" y agrupaban desde investigadores mar-

xistas, hasta cristianos vinculados con la teología de la liberación. En este contexto, el materialismo histórico fue central, dado que "constituye algo así como el piso de nuestra cultura sociológica" (Cueva, 1989a, p. 102), situación que cambiaría drásticamente en la medida que avanzaron los ochenta (Giordano, 2017; Pilca, 2011; Roitman, 2008).

Cueva se ocupó del declive del marxismo como enfoque privilegiado del análisis sociológico en el ensayo *Sobre exilios y reinos II: notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana* (1988). En este trabajo, constata que la sociología radical, construida desde 1965 hasta 1975, sucumbía. Esta forma totalizante, crítica y que problematizaba la relación entre subdesarrollo y dependencia se perdía, debido a una contrarrevolución cultural marcada por la violencia, además de sus propias limitaciones (Cueva, 1989b).

Infinidad de facultades y escuelas de sociología y de ciencias sociales en general fueron clausuradas; millares de intelectuales que en ellas trabajan fueron perseguidos, 'desaparecidos', forzados al exilio o, lo que a veces es peor, redu-

cidos al silencio o al discurso ultracifrado; hubo bibliotecas quemadas, copiosas listas de libros prohibidos y, sobre todo, se difundió un terror penetrante que tornó superflua a la propia censura: la autocensura hizo sus veces y muy eficientemente (Cueva, 1989b, p. 104).

El debilitamiento de aquella sociología radical tuvo relación con los factores coyunturales, es decir con la política de censura y persecución de las dictaduras del Cono Sur. Pero también con otras causas, como los avatares de la discusión teórica y el redescubrimiento de nuevas fuentes que reemplazaron conceptos como explotación, sujeto o clases sociales. En ese contexto, se privilegió una lectura "antojadiza" de los planteamientos de Antonio Gramsci, dejando de lado su militancia y su apego al marxismo, para posicionarlo como un teórico del consenso y de la hegemonía (Aricó, 1988; Cueva, 1987).

Por otro lado, el triunfo de la revolución sandinista y el recrudescimiento de los conflictos en Centroamérica dieron paso al fortalecimiento de la tradición del nacionalismo-antimperialista. El contraste de estos procesos marcó un cambio de perspectiva en

el horizonte del sociólogo sudamericano, quien había pasado del sueño de ser guerrillero al deseo de tener su proyecto o centro de investigación (Cueva, 1989b, p. 104). De hecho, Cueva caracteriza al sociólogo de ese momento como:

Un profesional no solo de alto nivel sino además ecuménico: poseedor de una buena formación teórica, las más de las veces adquirida en Europa o en los Estados Unidos; poseedor, igualmente, de una cultura general bastante amplia, herencia del ambiente de los años setenta [...] era, pues, parte de una élite que no se podía desperdiciar (Cueva, 1989b, p. 106).

Esta mutación en el quehacer sociológico estuvo marcada por el debilitamiento de la investigación en las universidades públicas y su delegación a espacios privados, bajo la forma de centros de investigación u ONG. En este escenario se generalizó la dependencia del financiamiento de organizaciones de Estados Unidos o de Europa, lo cual tuvo incidencia en las líneas de trabajo, temáticas, enfoques y metodologías. La labor sociológica se restringió al trabajo de escritorio, sobre problemáticas

puntuales y en algunos casos se desconectó de la dinámica social (Cueva, 1989b). Aunque, se puede reconocer que, en algunos países latinoamericanos, además de servir como espacio laboral para los sociólogos, las ONG apoyaron espacios organizativos e incluso el desarrollo de proyectos de investigación sólidos y críticos en el largo plazo –sin dejar de lado intereses propios–. Es decir, contrario a lo que Cueva plantea, no todos los espacios de investigación privada implicaron subordinación y alejamiento de la figura del científico social de la realidad.

Lo que si se transformó fue los “productos de la investigación”, donde se desligó la reflexión teórica, se prefirió la producción de datos y se pasó del “espíritu del libro (o del artículo) al del informe” (Cueva, 1989b, p. 109). Este formato debe cumplir con los requerimientos exigidos por los financistas de la investigación y sus resultados son socializados pocas veces. Estas transformaciones se hacían sobre la lógica de mayor especialización y profesionalización, que suponían estar por fuera de la dimensión ideológica. Cueva fue enfático en señalar que este tipo de sociología cumple la función del mantenimiento del orden o de su reproducción y carga un

profundo antimarxismo –incluso los que antes se habían considerado como marxistas–. Este fue el caso de varios dependentistas que devinieron en dirigentes políticos y que se convirtieron en piezas clave para la consolidación del neoliberalismo.

Otro giro importante marcado por los años ochenta fue el reemplazo del debate de la revolución, por el de la democracia (Pilca, 2011). Pero como señala Cueva, de una democracia abstracta “principista y casi ahistórica, en un continente de masas famélicas e intelectuales de tradición jacobina” (Cueva, 1989b, p. 110). Se intentó posicionar a la democracia como una panacea por sí misma y se dejó de lado el debate por la forma de organización del Estado y la redistribución económica. Se trató a la democracia como un espacio puro, como si en ella no se expresaran los intereses de clase. La discusión sobre la política se redujo a niveles de aceptación, popularidad cuya máxima expresión puede ser el “latinobarómetro” (Roitman, 2008). En respuesta a esta visión, Cueva habló de democracias restringidas (Cueva, 1988a).

Desde la caída del Muro de Berlín (1989) la sociología latinoamericana entró en crisis, dado que la

legitimidad del proceso ruso, influenciado por el marxismo, fue puesta en duda. Además, los Estados abandonaron los proyectos desarrollistas para dar la bienvenida al neoliberalismo, esto implicó que:

El Estado, gran empleador de otra época, tiene que recortar los gastos sociales y, querámoslo o no, los sociólogos formamos parte de aquellos gastos. La desocupación amenaza al gremio; incluso existe ya un ejército sociológico de reserva. Los aspirantes a ‘cientistas sociales’ lo saben y, por eso, las carreras de sociología de las universidades públicas tienen cada vez menos candidatos (Cueva, 1989b, p. 112).

La respuesta a esta crisis vino por el lado de la hiperespecialización, o en el desarrollo de competencias técnicas como una forma de garantizar la empleabilidad y como estrategia de sobrevivencia (Cueva, 1989b). Al respecto Cueva señala que “tenemos un ejército de recolectores de datos que en el mejor de los casos serán capaces de presentarlos sistemáticamente, pero que jamás osarán interpretarlos y, que menos todavía, arriesgarán hipótesis que impliquen una perspectiva crítica” (Cueva,

1989b, p. 114). Esto implicó también que los estudiantes exigieran una enseñanza más práctica y centrada en el desarrollo de destrezas que garanticen cualidades para el ingreso a los espacios laborales.

Cueva añade que el “proceso de reoccidentalización” –en el plano del pensamiento– consistió en dejar de lado las formulaciones y los debates latinoamericanos que se habían cultivado a lo largo del siglo XX, para dar paso a la “posmodernidad”, lo que implicaba expulsar al marxismo del pensamiento social, esto expresó “un claro reflujo teórico originado en una derrota político-militar” (Cueva, 1989b, p. 115). De ahí que el pensamiento neoconservador haya ganado terreno de la mano de la posmodernidad, como teoría del desencanto o de la madurez (Cueva, 1989b, p. 116). Esto se acompañó de una retórica filosófica enmarcada en el “relativismo”, donde creció el negacionismo, e incluso se rescataba y “lavaba la cara” a colaboradores del régimen nazi como Carl Schmitt o Martín Heidegger. Esta postura:

es rubia, demasiado rubia para el cholero, la indiada, la negrada y el pelaje de este continente. En los propios intelectuales

criollos que la cultivan hay algo postizo: aún no han conseguido arreglarse un talante, una allure que encarne con soltura sus nuevos tormentos metafísicos (Cueva, 1989b, p. 117).

Contrario a las diatribas posmodernas, para Cueva, la realidad latinoamericana se torna más compleja. La política persiste como posibilidad de cambio encarnada en los movimientos sociales, por tanto, subsiste la vinculación entre política y ciencias sociales por más operación técnica a la que quiera ser reducida. Como reconoce Cueva al final de su ensayo, las ciencias sociales ya no tienen un paradigma dominante, pues las mismas se alimentan de varios tipos de conocimiento y de enfoques críticos. Muchos de los cuales han surgido de la práctica de los nuevos movimientos sociales y de sus demandas concretas. Lo cual implica –para quien practica la sociología– el reto de una formación teórica sólida, afincada en un marco de pensamiento coherente, que permita aprehender la realidad. Así como una amplia cultura general y conocimiento de la historia, más allá de eso no hay recetas que ofrecer para Cueva (1989b, p. 120).

## Conclusiones

La sociología latinoamericana comparte huellas históricas relacionadas con su posición “periférica” frente a la producción europea y norteamericana, que se convirtieron en los principales referentes en la producción de conocimiento “científico”. En ese marco, la adaptación de la teoría a la realidad no siempre fue satisfactoria y por ello el reto fue “pensar con cabeza propia” la especificidad de las formaciones sociales. Proceso que permitió la construcción de una sociología propia, con problemáticas comunes y autores referentes. En América Latina, la relación entre sociología y política ha estado presente a lo largo de su historia, ya sea por medio de la militancia directa de los autores, o por el sentido utópico con el que se produce.

Esto es evidente en los ensayos y memorias de Cueva, respecto a las transformaciones sufridas por la sociología en los años setenta y ochenta. En ese momento se dieron giros significativos y drásticas

mutaciones en las formas de hacer sociología y en las posiciones políticas de los autores. La sociología radical de los años sesenta cedió terreno a una visión tecnocrática del análisis social, acompañado de un proceso de privatización de la investigación en las ONG. Estos organismos se convirtieron en un importante espacio de trabajo para las y los sociólogos, pero al mismo tiempo su trabajo fue dependiente de quienes financiaban las investigaciones.

La tecnificación de la sociología tuvo lugar entre el momento revolucionario, inaugurado por la Revolución Cubana y la derrota política-militar que significaron las dictaduras y el posterior triunfo del neoliberalismo. En esa coyuntura histórico-política se observa cómo cambian las preocupaciones de la sociología; se pasó de analizar las clases sociales y la explotación para generar insumos para la revolución a pensar la democracia como la forma más elevada de construcción del consenso. El sociólogo pasó de un protoguerrillero a un técnico de proyectos.

## Bibliografía

- Albornoz, C. (1995). El pensamiento crítico ecuatoriano del siglo XX. El Duende.
- Altmann, P. (2018). Production of truth as reduction of complexity. Understanding society with peripheral critical sociology. *Journal of Sociocybernetics*, 51, 5-19.
- Altmann, P. (2021). Los últimos spencerianos. Hacia un canon de la primera sociología ecuatoriana. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, 71, 103-120. <https://doi.org/10.17141/iconos.71.2021.4803>
- Aricó, J. (1988). *La cola del Diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*. Editorial Nueva Sociedad.
- Blanco, A. (2005). La Asociación Latinoamericana de Sociología: Una historia de sus primeros congresos. *Sociologías*, 14, 22-49.
- Campuzano, Á. (2018). Institucionalización universitaria de la sociología: Las décadas de 1960 y 1970. En G. Herrera (Ed.), *Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo* (pp. 560-586). CLACSO.
- Chávez, D. (2021). Marxismo relacional y «tercermundización» en Ecuador. En *De los tzantzicos a la crítica ecológica. Un marxismo en el Ecuador por descubrir [primera parte]* (Vol. 1, pp. 9-60). CLACSO.
- Cortés, A., & Morales, J. (2017). Editorial. Repensando la sociología latinoamericana. *Temas Sociológicos*, 21, 9-25.
- Cueva, A. (1976). Notas sobre el Desarrollo de la Sociología Ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales*, 1, 23-32.
- Cueva, A. (1981). El pensamiento social latinoamericano (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período). *Anales-UCE*, 358, 9-18.
- Cueva, A. (1987). El fetichismo de la hegemonía. En *La teoría marxista. Categorias de base y problemas actuales* (pp. 149-163). Planeta-Lettraviva.
- Cueva, A. (1988a). *Las democracias restringidas de América Latina*. Planeta.
- Cueva, A. (1988b). ¿Vigencia de la autocrítica o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Banbirra). En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 85-93). Universidad de Guayaquil.
- Cueva, A. (1989a). Sobre exilios y reinos I. Reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México. En *América Latina en la frontera de los noventa* (pp. 93-102). Planeta-Lettraviva.
- Cueva, A. (1989b). Sobre exilios y reinos II: notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana. En *América Latina en la frontera de los 90* (pp. 103-120). Planeta-Lettraviva.
- Giordano, V. (2017). La crítica como proyecto intelectual. Hilvanes continuistas del pensamiento social latinoamericano. *Temas Sociológicos*, 21, 27-53.

- Petras, J. (1988). La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos. *Estudios Latinoamericanos*, 3(5), 81-86.
- Pilca, P. (2011). Transformaciones de los imaginarios de revolución en las y los estudiantes de la Escuela de Sociología de la UCE. Universidad Central del Ecuador.
- Polo, R. (2012). La crítica y sus objetos. *Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*. FLACSO Sede Ecuador.
- Quevedo Ramírez, T. (2021). Lecturas e influencia de Marx en la primera mitad del siglo XX en Ecuador. *El Ejercicio del pensar. Boletín del Grupo de Trabajo Herencias y perspectivas del marxismo*, 8, 5-33.
- Roig, A. (1979). Los comienzos del pensamiento social y los orígenes de la sociología en el Ecuador. En *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano* (pp. 9-126). Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional.
- Roitman, M. (2008). *Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología latinoamericana*. CLACSO.
- Rubinich, L. (2017). Los sociólogos intelectuales: Cuatro notas sobre la sociología de los años 1960. *E-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 15(60), 48-66.
- Sarzoza, G. (2016). *Emergencia de la sociología en el Ecuador a mediados del siglo XX*. FLACSO Sede Ecuador.
- Villacís, R. (1988). La ira y la esperanza según Agustín Cueva. *Mundo Diners*, 69, 20-25.